

## CAPÍTULO 1

Las juntas del anticuado Boeing 747 de las líneas aéreas bolivianas crujieron con un sonido espantoso al adentrarse en una bolsa de altas presiones. David Brell miró con inquietud por la ventanilla. Estaba mareándose, y la ensalada de pepinos y aguacate que se había tomado en La Paz antes de embarcar estaba mostrando sus efectos retardados en el peor momento. Un eructo con sabor a pepino ascendió por su garganta en el instante en que el cuerpo del avión se zarandeaba.

—Lo siento —dijo a su mujer—. No he podido evitarlo.

Silvia no contestó. Estaba ensimismada en la lectura de un libro y no se había dado cuenta. Miró a su hijo: jugaba con un puzle tridimensional, una especie de calavera de huesos movibles. David los contempló con envidia. Aquel cascarón podría desintegrarse en mil pedazos, y ellos ni siquiera se inmutarían.

—Teo, no me gusta que juegues con esa calavera —le advirtió a su hijo—. Es siniestra.

—Me la compraste tú mismo, papá —dijo el muchacho, sin levantar la vista del juguete.

—No es cierto, yo no te compraría una cosa así. Vamos, escóndela. Me pone nervioso.

Teo abandonó el juguete un rato, pero no tardó mucho en volverlo a coger. Las piezas estaban hechas de plástico duro imitación hueso. El sonido que producían al moverlas era tan insoportable como el claqueteo de una dentadura postiza mal encajada.

David trató de relajarse. Faltaba sólo media hora para que el avión aterrizase en el aeropuerto de Aurora. En el horizonte se divisaban oscuros nubarrones y las primeras gotas de lluvia salpicaban el cristal de la ventanilla. A lo lejos surgió un flogonazo de luz. David se puso a contar en silencio, hasta

que a los seis segundos escuchó el trueno. Pronto estarían en mitad de la tormenta.

—¿De qué trata ese libro? —le preguntó a su mujer—. Llevas leyéndolo desde que despegamos de La Paz.

—De como sobrevivir a un accidente de avión —murmuró ella. Silvia tenía un sentido del humor bastante ácido.

David levantó la portada del libro. *El Nuevo Orden*, una colección de ensayos sobre el presidente Cantwell. Dirigió a su mujer una mirada de reproche.

—No deberías leer eso —dijo.

—No leas eso, no juegues con aquello —Silvia dejó el libro abierto sobre su regazo—. ¿Qué te ocurre?

—¿Veis lo que se avecina? —David señaló la ventanilla—. Yo aquí me muerdo las uñas y vosotros como si nada. Debería haber hecho el viaje en tren.

—Imposible, te esperan en el bufete mañana a las ocho. En tren no habríamos llegado hasta el miércoles. Además, viajando en las líneas aéreas bolivianas nos hemos ahorrado cincuenta dólares cada uno.

—Sí, he de reconocer que son unos precios muy competitivos. Con mecánicos eventuales, piezas de repuesto usadas y una flota de ataúdes volantes de más de treinta años de antigüedad, yo también regalaría los pasajes.

—Lo he conseguido —suspiró Teo—. Mamá, he vuelto a reconstruir a Óscar.

—Vuelve a meter a Óscar en la bolsa, cariño —le aconsejó Silvia—. Creo que a tu padre no le gustan las calaveras. Quizás le recuerdan que no es inmortal —añadió con un rictus sardónico.

—Tú tampoco lo eres —David limpió el vapor de agua que estaba empañando la ventanilla—. Y trivializar acerca de la muerte me parece un acto irreverente —señaló la ventanilla—. Observa: el cristal no es hermético, tiene filtraciones a través las juntas. Podría producirse una descompresión y...

—Lo he hecho en menos de treinta movimientos —dijo Teo—. Mis amigos se morirán de rabia cuando lo cuente.

Hubo otro relámpago. El trueno reverberó en el interior del avión un par de segundos después. En el techo se escuchó claramente un golpeteo extraño, como si alguien estuviese arañando el metal por fuera.

—¿Qué es eso? —exclamó David.

—Sólo una tormenta de granizo —dijo Silvia.

El avión sufrió una fuerte convulsión. Las mascarillas de emergencia que había en la parte superior de los asientos se desprendieron de su sujeción. David dio un brinco en el asiento, pero se avergonzó al notar que Teo y Silvia le estaban mirando.

Cerró los ojos. Recordó su casa al otro lado del Atlántico, en el remoto Madrid; recordó a sus padres, los buenos momentos de su niñez, su vida de universitario. Lo que daría por volver, por encontrarse de nuevo con los suyos y no en aquel avión infecto, cuyo comandante tenía las trazas de haber conseguido el título de piloto en una tómbola.

Pero aunque se hubiese quedado en Madrid no habría corrido una suerte mejor, se consoló. Allí sólo le aguardaba la guerra y el hambre. Él tuvo la suerte de que el inicio de las hostilidades le sorprendió en Los Ángeles, donde trabajaba como asesor de una compañía naviera. Tras la invasión americana, la resistencia libró una batalla feroz contra las fuerzas de ocupación, que habían causado ya más de dos millones de muertos en tres años de contienda. Francia, Italia, Grecia y España todavía luchaban, pero David sabía que era una batalla perdida. A la larga, también sucumbirían, como lo habían hecho la mayoría de las naciones europeas.

Al menos en Sudamérica no había guerra. Los países hispanoamericanos, forzados a vivir en una economía destrozada por la miseria crónica, se vieron incapaces de contener una hegemonía que sabían inevitable y no pusieron demasiados impedimentos para entrar en la federación americana. Tras el golpe de estado del presidente Cantwell y el ataque con misiles tácticos a La Habana, se firmaron acuerdos con la mayoría de países latinoamericanos. Los gobernantes que transigieron a tiempo pudieron salvar sus vidas y ocuparon puestos menores en la nueva administración federal. En cambio, los que opusieron resistencia fueron

sumariamente ejecutados para que sirviese de ejemplo. El inglés era obligatorio en las escuelas, además de ser la única lengua oficial de los países federados, y el uso de otros idiomas estaba castigado con pena de cárcel. Se habían suprimido los himnos y enseñas locales y la bandera americana ondeaba en todos los edificios públicos. Hasta el casco del Boeing llevaba pintadas las barras y estrellas encima del emblema boliviano, que los técnicos de mantenimiento habían tenido que raspar con espátulas para evitar problemas con la policía federal.

David abrió los ojos. Un pasajero, presa de un ataque de histeria, corría por el pasillo seguido de dos azafatas que trataban de capturarlo. El individuo se parapetó tras un carro de servicio y empezó a arrojar platos, cucharas y bollos de crema. Uno de los cubiertos fue a estrellarse contra una ventanilla del avión, en una plaza donde afortunadamente no había nadie. David contemplaba horrorizado el espectáculo, imaginándose a un centenar de pasajeros succionados por el aire y el avión precipitándose al vacío.

Las azafatas consiguieron reducir al sujeto, que agitaba los brazos y gritaba desaforadamente. Los restos de la tormenta de granizo repiqueteaban en el casco como las garras de un águila descomunal que hubiese hecho presa en el Boeing. David engulló un par de tranquilizantes y suspiró hondo. Teo observaba divertido la escena, mientras su madre regresaba al libro sobre Cantwell. ¿Por qué Silvia perdía el tiempo en aquella basura? Ella era inglesa, había sufrido en sus propias carnes la invasión, y sin embargo leía un libro de propaganda gubernamental. Tras quince años de casados, todavía no comprendía a su mujer.

Anotó mentalmente que debía indagar más adelante sobre aquella cuestión. En los tiempos que corrían no se podía estar seguro en ningún sitio. Su mujer jamás había dado muestras de una especial simpatía hacia el partido del gobierno, pero el hecho de que estuviese leyendo aquel libro resultaba inquietante. La posibilidad de ser denunciado por su propia mujer no era descabellada. David conocía casos en los que uno de los cónyuges acababa en comisaría delatado por el

otro o por alguien de su familia, como venganza tras una disputa familiar.

Observó de reojo a Teo. Con sólo doce años debía estudiar asignaturas tales como economía planificada de mercado o capitalismo integral. Cantwell y su partido habían redefinido estos conceptos, que se difundían machaconamente en la escuela para empapar a los jóvenes hasta la médula con su nueva ideología.

Adormilado por las pastillas, apenas advirtió que el avión iniciaba la maniobra de descenso. Estaba anocheciendo. Las luces del aeropuerto de Aurora le daban la bienvenida en mitad de un fuerte chaparrón.

La sacudida del aparato al tocar la pista acabó desperezándole. David se asomó por la ventanilla y comprobó que efectivamente estaban de nuevo en tierra, sanos y salvos. Bueno, el viaje podría haber sido peor, suspiró.

No encontraron a nadie del bufete de abogados en la sala de espera, así que se trasladaron en taxi a un hotel de la periferia, no muy lejos del aeropuerto. La red de alcantarillado dejaba mucho que desear y las calles estaban anegadas por el agua. El taxista, un indígena de piel acaramelada que chapurreaba espanglés tan mal como conducía, les vio cara de extranjeros ricos y les cobró doble. Pero David no lo era, si fuese rico no habría venido a trabajar a Aurora, una remota ciudad levantada en pleno corazón de la selva boliviana. Hace diez años no había allí más que un pequeño pueblo de mil habitantes; en la actualidad vivían en ella medio millón de almas y era un importante foco de negocios en expansión. Las principales industrias de la Unión americana tenían allí plantas de producción o delegaciones, como Ford, Darrell Corporation, Coca Cola, Crame Industries o General Motors. Aunque una ley del Congreso obligaba a las empresas a invertir parte de sus beneficios en bonos de guerra, el Estado federado de Bolivia ofrecía interesantes incentivos a las empresas para que se afincasen en su suelo, y el ahorro era lo bastante tentador para que mereciese la pena establecerse allí.

El hotel era un edificio de construcción reciente, pero su aspecto interior resultaba siniestro. Las lluvias y la mala calidad de los materiales habían ocasionado abundantes

filtraciones en su estructura, y el olor a humedad calaba los huesos. David no se sentía con ánimos de llamar otro taxi. La densa cortina de lluvia no dejaba ver la acera de enfrente, y tampoco había garantías de que el resto de los hoteles de Aurora estuvieran en mejor estado.

Nadie que tuviese dinero dormiría en un sitio como aquél. Habían sido diseñados para alojar a los primeros colonos, en los tiempos en que las máquinas se hacían paso en la selva para construir la ciudad. Hoy, la población original era lo bastante rica para tener sus propias casas en barrios residenciales, y los hoteles que seguían en pie se habían quedado para alojar gente de paso.

Al abrir la puerta de la habitación, David tuvo varios motivos más para arrepentirse de haber iniciado aquel viaje. La pintura de las paredes estaba blanda como el barro. Presionó con el dedo y la huella se quedó marcada junto al interruptor de la luz. Silvia corrió a cerrar la ventana del balcón: estaba abierta de par en par y la lluvia salpicaba la colcha de la cama. Hubo que cambiar las sábanas.

—¿Habrà agua caliente, o sería demasiado pedir? —dijo David, pasando al lavabo.

Era demasiado pedir, y el aspecto del agua que surgió por el grifo no invitaba precisamente a bebérsela. Adiós a su idea de relajarse con una ducha.

—Debieron construir este hotelucho con lo que les sobrò de otras obras.

—Vamos, Dave, seguro que has dormido en sitios peores —Silvia se puso a deshacer el equipaje.

—Quizá, pero no los recuerdo.

Teo encontró un insecto al pie de la cama. Parecía una araña translúcida, con el torso alargado y un par de antenas enormes. Su padre lo aplastó de un zapatazo en cuanto lo vio.

—Ten cuidado con los bichos —le advirtió a su hijo—. La mayoría de los que hay por esta región son peligrosos.

—No asustes al chico —dijo Silvia—. Sólo era una araña inofensiva.

—¿Donde has visto que una araña tenga unas antenas así? —David se quedó mirando la figura aplastada—. Es repugnante —añadió.

—Tu padre no soporta los insectos —declaró ella—. No le hagas caso, Teo; sólo son animales, y cada uno tiene sus propios asuntos de qué ocuparse. No les incordies y ellos no te incordiarán.

—Permíteme que discrepe, querida —David se quitó los calcetines, estrujándolos sobre el deslucido suelo de madera—. Para muchos de ellos, nosotros somos *sus* asuntos. Los mosquitos, por ejemplo —sacó un tubo de pomada y se lo entregó a Teo—. Si quieres dormir esta noche sin que te pongan la cara como una pizza, úntate bien con esto.

—Pero pican sin mala intención —Teo aceptó la crema, vacilante—. Quiero decir, que no tienen otra opción para sobrevivir.

—Cualquier animal, inteligente o no, que se alimente de chupar la sangre a los demás es tu enemigo. Las motivaciones no importan.

—Entonces, tú deberías ser mi enemigo —respondió enigmáticamente el niño.

—No te entiendo —David alzó las cejas, perplejo.

—Mamá dice que los abogados vivís de chupar la sangre a los demás.

—Tu madre no debería hablar así de quien trae el pan a casa —David buscó a su mujer. Se había ido a la habitación contigua para preparar la cama a Teo y eludir su ofensiva.

—También dice que os aprovecháis de las desgracias ajenas para hacer dinero.

La franqueza de su hijo empezaba a resultar molesta. David se quitó el otro calcetín y lo estrujó hasta que dejó de gotear.

—Teo, conforme vayas creciendo descubrirás que el mundo no es el paraíso y sus habitantes tampoco son arcángeles. La mayoría de la gente no se contenta con ocuparse de sus propios asuntos; desgraciadamente, también quieren meterse en los de los demás, y cuando eso sucede se produce un conflicto. La justicia es demasiado compleja y los ciudadanos necesitan alguien que les asesore y sirva de intermediario para relacionarse con el tribunal. Hay miles de normas y el hombre de a pie no tiene por qué conocerlas todas. Para eso estamos nosotros, los abogados. Si...

—Si no hubiera malas gentes, no habría buenos abogados —apostilló Silvia desde la habitación contigua—. Dickens.

—Esencialmente correcto —admitió él—. Muchos gallos no se conforman con su propio corral, y pretenden invadir el ajeno. Un pleito es un conflicto entre gallos en el que cada uno asegura tener razón. Mi trabajo consiste en impedir que diriman sus conflictos a picotazos. A mí y a mis colegas nos pagan para que peleemos por ellos de un modo civilizado.

—Y bastante caro —añadió su mujer.

—Los buenos púgiles no se venden por cuatro cuartos. Para ganar se precisan conocimientos técnicos y dosis considerables de astucia. Como en una pelea, Teo, debes estudiar a tu enemigo. Primero consigues toda la información que te sea posible sobre él, y luego le atacas en sus puntos débiles. La vida es una lucha constante, y la civilización sólo sofisticada los procedimientos. Algún día, cuando seas mayor, lo comprenderás.

Teo le escuchaba atentamente, con una fascinación que raramente se producía entre hijo y padre. David, orgulloso de haber acaparado su atención, prosiguió su didáctica charla:

—Antes se ganaban batallas a base de fuerza bruta. Ahora, puedes vencer sin moverte de la silla y ganar mucho más dinero. Si no estudias, Teo, serás un don nadie y cualquiera te podrá avasallar. Los perezosos se quedan para barrer las calles y realizar los trabajos que no quieren los demás —hizo una pausa—. Eso me recuerda que mañana tenemos que ir a arreglar tu inscripción en la escuela. Hablé telefónicamente con la directora para concertar una cita. No creo que haya ningún problema.

Silvia salió del otro dormitorio y rodeó a su marido por la cintura.

—Estoy hambrienta. ¿Qué tal si comemos algo?

—No te acerques demasiado, porque todavía no he cenado y huelo a sangre —David la arrojó sobre la cama y la mordisqueó cariñosamente—. Pediré unos bocadillos a recepción antes de que mi voracidad se despierte.



—¿Tienes papel y lápiz a mano? Tengo que anotar la frase que dijiste antes, "la civilización sólo sofisticó los procedimientos", me gusta —Silvia hizo una mueca irónica—. ¿Me dejas utilizarla? Voy a matricularme en un taller literario.

—Otro consejo para el futuro, Teo: no te cases con una mujer más inteligente que tú. Te manejará como a un trapo y tendrás que plegarte a todos sus deseos —volviéndose a su esposa, añadió—: Ya sabes lo que opino de los talleres literarios. Son un pasatiempo decadente para mentes ociosas.

—No voy a estar ociosa —dijo ella—. Trabajaré. Nunca te he pedido un centavo para mis caprichos, y tú lo sabes.

—Vaya, al menos reconoces que es un capricho.

—Soy consciente de que en esta región hay cosas mucho más necesarias que hacer por la gente que recibir clases de estilo.

—Mmm. No sé cómo interpretar eso.

David recelaba de su esposa. Cuando le entraba la vena solidaria, era imprevisible. Y peligrosa para su depauperada economía doméstica. Trató de leer en sus ojos los proyectos secretos que ocupaban su mente. No lo consiguió, pero no necesitaba mirarla para saber que costarían un buen montón de dinero.

—Tengo mis propios ahorros —dijo ella, previendo el curso de sus sospechas.

—No he dicho nada.

—No lo has dicho, pero lo piensas.

—Estoy demasiado cansado para hablar de eso. Incluso estoy demasiado cansado para pensar —David se tendió en la cama y flexionó con dolor sus articulaciones, como prueba de que no mentía—. Cuando viajo en avión es como si me diesen una paliza.

—¿Y qué hay de la cena?

—No tengo hambre. Baja tú y Teo a tomar algo. Yo me quedaré aquí a descansar.

David todavía recordaba el fiasco con la tienda de muebles usados que montó su esposa mientras vivían en Los Ángeles, antes de que el decreto de extranjería de Cantwell les obligase a abandonar los Estados Unidos.

Silvia abrió un bolso de viaje. Había comprado en La Paz unos bocadillos, previendo que no les diesen de cenar en el avión.

—Bueno, ya que no tienes hambre, nos comeremos el tuyo —dijo su mujer, retirando el papel de aluminio.

David cerró los ojos. Continuaba viendo la sala de embarque del aeropuerto, el ajetreo de las maletas y los pasajeros subiendo a bordo. Lo mismo le sucedía cuando tenía que conducir largo rato. Aún con los ojos cerrados seguía viendo coches por la autopista, residuos grabados en su retina cuya imagen persistía durante horas.

Solo que en esta ocasión, además de ver imágenes estaba escuchado el ruido de los reactores.

Por desgracia, no eran imaginaciones suyas. Los cristales de la habitación vibraban a causa de un avión mercante que estaba sobrevolando el hotel, a una altura arriesgada para los corazones de sus ocasionales huéspedes. ¿Podría ir algo peor aquel día? Prefirió no pensar en ello. Sus ideas más retorcidas tenían una odiosa tendencia a cumplirse.

El sonido de Teo y Silvia masticando los bocadillos disparó sus jugos gástricos. En realidad, había sido una estupidez rechazar el que le correspondía, pero Teo ya debía estar contando con comérselo y no iba a quitárselo ahora. En fin, el chico tenía que crecer.

Se tapó con la sábana y les dio la espalda, esperando que el día siguiente tuviese mejor suerte. Iba a necesitarla.

## CAPÍTULO 2

La mañana amaneció con un sol radiante. Parecía un buen presagio, pensó David, que se vistió con su mejor traje y dejó escoger a Silvia la corbata que mejor combinaba. A David no le gustaban las corbatas, las consideraba un anacronismo inútil e incómodo que sólo servía para oprimir el gaznate, irritando el cuello después del afeitado y estorbando cuando hacía viento. Además, no tenía una habilidad especial para realizarse el nudo, y solía llevarlo mal ajustado frente a otros colegas suyos, que exhibían ostentosos *windsor* con una horrorosa estabilidad a prueba de ajetreos, como si estuviesen empapados de almidón de fraguado rápido. El suyo, en cambio, tenía un aspecto lastimoso al cabo de unas pocas horas de trabajo, y la única forma que conocía de enderezarlo era ciñéndolo más al cuello; una solución muy poco aconsejable, a menos que pretendiese cortar definitivamente el oxígeno a sus pulmones.

El despacho de abogados Weed & Tyler se encontraba al otro lado de Aurora. David eligió el autobús para desplazarse al bufete, pues no era cuestión de exponerse a otro atraco en taxi. Había esperado encontrarse con una de esas guaguas atestadas de gallinas que se veían en las películas, pero lo que encontró fue un silencioso autobús eléctrico con hilo musical y un televisor cada ocho asientos para entretener a los pasajeros. Prestó atención a las noticias, aunque ninguna se refirió a la guerra que tenía lugar al otro lado del Atlántico. La información era censurada por el gobierno y no podía obtenerse una visión fiable de lo que realmente sucedía, a

menos que se sintonizase alguna emisora extranjera. David contactaba frecuentemente con radioaficionados de otras partes del mundo que le mantenían al tanto de lo que ocurría, pero al trasladarse a Bolivia había tenido que desprenderse de su equipo.

El autobús le introdujo en una amplia avenida con una zona central de frondosos jardines. El humor de David se recobraba poco a poco: Aurora parecía una ciudad acogedora y opulenta. La gente que caminaba por las aceras lucía un aspecto saludable, iban a sus ocupaciones en un ambiente relajado, como si paseasen en un día de domingo. Los vehículos, silenciosos y de línea aerodinámica, eran de los que ocupaban las portadas de la revistas, y había de ellos a docenas. Bueno, no todo iban a ser calamidades para él; su suerte tenía que mejorar algún día, y Aurora podía ser el lugar idóneo para que una persona con ganas de trabajar prosperase.

Un suave cascabeleo le advirtió que el autobús había llegado a su parada. David cogió su maletín de piel y saltó a la acera. A un par de manzanas se encontraba el bufete de abogados que le había propuesto asociarse. Echó un vistazo a sus zapatos, perfectamente lustrados, y se miró el nudo de la corbata en el reflejo de un escaparate.

Olfateó el aire; flotaba un aroma muy apetitoso a chocolate caliente que surgía de una cafetería de la esquina. Aunque ya había desayunado, estuvo tentado de entrar a probar una taza, pero no quería arriesgarse a mancharse la camisa y causar una impresión negativa. Consultó su reloj y se dirigió con paso calmado al edificio de oficinas. Tenía suerte de que hubieran reclamado sus servicios en Aurora. El trabajo para los abogados no americanos estaba francamente mal desde la llegada al poder de Cantwell, y si se les llamaba era para realizar labores de pasantía a cambio de un salario denigrante. Los americanos, además de dominar perfectamente el inglés, tenían una ventaja añadida: conocían exhaustivamente el sistema de precedentes judiciales que se había impuesto con carácter general al resto de países de la Unión. La jurisprudencia de los Estados Unidos y las normas dictadas por su cuerpo legislativo formaban una jungla endiabladamente compleja para los abogados extranjeros, en

la que los americanos de origen se desenvolvían con soltura. Cualquier cliente, a la hora de elegir, preferiría un americano antes que un extranjero, y esta circunstancia la conocían perfectamente los bufetes de abogados. Por ello, que en Aurora hubiese un hueco para él indicaba que el nivel de litigios era lo suficientemente importante como para que la demanda de letrados admitiese profesionales de fuera.

Franqueó el vestíbulo del edificio, decorado con mármol y maceteros rebosantes de petunias, y entró en un ascensor dotado de un sofisticado sistema digital de voz que le solicitó su número de planta. David no recordaba si el piso era el décimo o el noveno, así que respondió que quería ir al despacho de Weed & Tyler. El ascensor le llevó al piso décimo y le deseó un buen día al salir.

Estaba gratamente cautivado. Aquel sitio olía a dinero, toda la ciudad desprendía un inconfundible aroma a riqueza, tan penetrante como el chocolate caliente de la cafetería de la esquina. El precio de los equipos informáticos era demasiado costoso como para dedicar un ordenador a impresionar a las visitas, eso sin contar con que el gobierno había impuesto una legislación muy restrictiva para el acceso a esta clase de tecnología y sólo se concedían licencias para comprar ordenadores a determinadas empresas. Pero allí los tenían. Cantwell temía que un uso generalizado de la informática acabase socavando su régimen, al abrir las puertas a la transmisión libre de información; de ahí que no se hubiera desarrollado una industria informática orientada al mercado de consumo. Sin licencia no se podía ejercer como programador, y mucho menos ser usuario de un equipo. En el territorio de la Unión Americana resultaba más sencillo comprar una ametralladora que una computadora de bolsillo.

Entró en el bufete. El hilo musical era sospechosamente parecido al del autobús, pero por lo demás se respiraba la misma atmósfera relajada. David se dirigió a la secretaria y le comunicó el propósito de su visita.

—Estamos encantados de tenerle con nosotros, señor Brell. Precisamente Tyler acaba de preguntar por usted hace cinco minutos.

La secretaria anunció a su jefe la llegada de David por el intercomunicador, y le acompañó al despacho.

—¡Dave! —su colega le apretó efusivamente la mano—. Vamos, siéntate. Debes venir agotado del viaje, ¿verdad? Esos aviones bolivianos son infernales.

—Estoy de acuerdo en eso —David se sentó en el sillón que le pareció más cómodo; y lo era. Cuero suave y blando, lo bastante mullido para desear no tener que levantarse en todo el día. Su espalda se lo agradeció después de la noche que había pasado en el hotel—. En realidad llegamos ayer —dijo, con intención de recordarle que no habían ido a recibirle al aeropuerto—. Hemos descansado poco esta noche.

—Oh, vaya, entonces debió cogerte de lleno la tormenta —Tyler sirvió dos vasos de whisky.

—Demasiado pronto para mí, gracias.

—Vamos, Dave, en Aurora nunca es demasiado pronto —Tyler exhibió una sonrisa cómplice—, nada es lo que aparenta y siempre tiene que haber una primera vez. Éstas son las tres máximas de la casa, recuérdalas. Te serán necesarias para sobrevivir en esta ciudad.

David observó el bisoñé con que Tyler trataba de disimular su calva, y el examen corroboró la segunda de las máximas. Tyler tenía cincuenta y cinco años, quince más que él, pero parecía mucho más viejo y probablemente ese ridículo peluquín con entradas tenía buena culpa de ello. Al sonreír descubrió que llevaba varios empastes y un par de dientes algo más blancos que sus circundantes. También se había fijado que movía el brazo izquierdo de un modo sospechoso, como si fuese ortopédico; y el ojo de ese mismo lado era de cristal. Se preguntó qué porcentaje del cuerpo de Tyler sería auténtico.

—¿Un bombón? —su anfitrión le alcanzó una caja.

—¿De licor? —contestó él con cierta malevolencia.

—No. De frambuesa. Son estupendos, pruébalos. Me los traen directamente de Suiza. Comer chocolate suizo en los tiempos que corren es un verdadero lujo, con los sabotajes de la resistencia y todo eso. Tenemos suerte de estar al otro lado del charco, créeme. Europa es un verdadero caos.

—Sí —David prefirió no mencionar que tenía familia allí—. Bien, estoy ansioso por trabajar. ¿Cuándo me presentarás al resto de mis compañeros?

—A estas horas están camino de los tribunales. Yo me quedo aquí para ocuparme del papeleo. Como te habrás dado cuenta, mi aspecto no es el más gallardo de los posibles; y por dentro estoy tan mal como por fuera: tengo una úlcera sangrante, un marcapasos y bastante mala leche. En resumen, el tipo de jefe que siempre deseaste.

—No me importa el aspecto externo de la gente —mintió David, observando la punta de sus lustrados zapatos—, sino el trabajo que son capaces de realizar.

Tyler tomó un sorbo de whisky y reprimió una mueca de dolor. Su úlcera no estaba muy de acuerdo con la primera regla de la casa, pero el veterano letrado, que creía firmemente en el poder cauterizador del alcohol, tenía la esperanza de que acabaría curando su herida a base de escocés. O dejaría de tener estómago del que preocuparse.

—Mi médico me asegura que no disfrutaré mi plan de pensiones si sigo con esta vida —dijo—. Pero qué saben ellos de vivir. ¿De qué nos sirve toda la ciencia, Dave? Los meteorólogos ni siquiera aciertan qué tiempo va a hacer de un día para otro, por muchos satélites que tienen ahí arriba. Somos tan engreídos que un poco de modestia no nos vendría mal —Tyler se levantó trabajosamente y se dirigió al ventanal—. Llevo gastada una fortuna en matasanos y no son capaces de curar una maldita úlcera. El Congreso invierte millones de dólares en una expedición a Marte, y aquí todavía no sabemos curar un resfriado. ¿Tú lo entiendes?

—Supongo que por eso estudié letras —sonrió David—. Son más fiables.

—No. Lo bueno de las humanidades es que no son nada fiables. Las matemáticas sí lo son, dos y dos siempre son cuatro, pero en el Derecho, eso depende de las circunstancias. Y esas circunstancias son terriblemente complejas. Si el Derecho fuese una ciencia exacta, las máquinas podrían hacer nuestro trabajo con mucha más eficacia, y nos iríamos al paro.

—Ya que has mencionado lo de la expedición, se rumorea que un radioaficionado captó hace un par de semanas una conversación procedente de Marte.

—¿Sí? Vaya, ¿cómo te has enterado?

—Un amigo de Nuevo México me lo contó. Antes de venir a Bolivia yo tenía un equipo de radio, pero tuve que desprenderme de él para pagar algunos gastos. Si supieses dónde puedo adquirir uno a bajo precio, te lo agradecería.

—Veré qué puedo hacer. ¿Hablaban de algo interesante?

—Los astronautas decían a Houston que habían encontrado signos de vida alienígena. Seguramente será mentira.

—Pero allí en Marte no hay nada. Quiero decir, nada que merezca realmente la pena ir a ver.

—Si quieres conocer mi opinión, no me creo una palabra —se apresuró a aclarar David—. Lo mismo ocurrió cuando el hombre llegó a la Luna por primera vez. Decían que había extraterrestres y platillos volantes en el fondo de los cráteres, pero la luna está desierta y seca, como mi cuenta corriente. No parece que con Marte vaya a ser diferente.

—Seguro que la propia NASA propagó el bulo pensando en conseguir más fondos para su programa espacial. Cada vez que el gobierno difunde un rumor de esos, es síntoma de que pretende subirnos los impuestos. Aquí en Aurora no podemos quejarnos, claro. Las autoridades dan muchas facilidades a las empresas, pero aún así debemos pagar los impuestos federales, aparte de comprar esos dichosos bonos de guerra. ¿Tendrán algún valor cuando el conflicto con Europa termine? Lo dudo, y este bufete ha comprado ya tantos que podría empapelar con ellos mi casa —Tyler se sonó ruidosamente la nariz—. ¿Dónde te alojas?

—En un hotel cercano al aeropuerto.

—Te buscaré provisionalmente un apartamento por aquí cerca. Más adelante, cuando lleves un tiempo con nosotros, podrás plantearte conseguir algo más decente —Tyler se sentó frente a su escritorio, dando a entender que la charla de bienvenida había acabado y era hora de ir al grano—. Bien, Dave, te diré para qué te queremos. Nuestros abogados están sobrecargados de trabajo y necesitan que les eches una mano



en los asuntos penales. Estudié tu currículum y vi que eres especialista en criminología. Espero que te sientas como en casa.

—Por el aspecto tranquilo de las calles, no creo que el índice de delincuencia sea elevado.

—Recuerda que aquí nada es lo que aparenta —Tyler buscó entre un montón de expedientes que tenía apilados en su escritorio—. Los barrios marginales de Aurora se hallan apartados de la ciudad; eso causa buena impresión a los visitantes. Además, la policía hace bien su trabajo.

Tyler no fue muy específico con esta última frase, pero antes de que David captase lo que había querido decir, el abogado sacó un expediente de tapas amarillas y se lo entregó.

—Quiero que empieces con esto. Dedícale todo el tiempo que sea necesario, pero que no se te escape de las manos.

David leyó el cliente que aparecía escrito en la tapa. Se trataba de Harry Weed, el socio de Tyler.

—Tendrás oportunidad de hablar con él durante el almuerzo. Hasta entonces, estudia su caso. La vista preliminar será dentro de quince días, y no es necesario que te diga lo que le sucedería a este bufete si Harry fuese a la cárcel.

\*\*\*\*\*

El apartamento que Irving Tyler le consiguió no era un palacete oriental, pero cualquier cosa era preferible al hotel en el que habían pasado los últimos días. El apartamento sólo estaba a quince minutos caminando del bufete y no tendría que utilizar transporte para desplazarse.

David estaba de bastante buen humor aquella tarde. Aunque el trabajo en el despacho había sido infernal, lucía un sol espléndido al mediodía, y eso, unido al hecho de que era sábado y por la tarde no trabajaría, influía muy positivamente en su estado de ánimo. Compró buñuelos de una pastelería cercana y caminó por la acera con paso tranquilo hacia su casa. En el maletín llevaba un par de expedientes sobre los que debía emitir sendos dictámenes, pero para eso tenía todo el fin

de semana, y tampoco eran urgentes. Al bufete sólo le obsesionaba un caso, Harry Weed, y eso acaparaba la mayor parte de su tiempo de oficina; pero la documentación era demasiado importante para salir del despacho, lo cual representaba para él más una ventaja que un inconveniente, porque así no tenía que llevarse trabajo a casa sobre este asunto.

Compró en un quiosco el periódico del día y lo hojeó mientras probaba un buñuelo recién hecho. El ejemplar contenía información de lo más banal: veinte páginas dedicadas a catástrofes y crímenes varios, doce a deportes, dos al tiempo y otras dos a información financiera. Buscó la sección de noticias internacionales, reducida a dos columnas al pie de una página interior que reseñaban un choque de trenes en la India y un crimen pasional en Seúl, donde un perturbado había acribillado con una ametralladora al amigo de su esposa, así como a una docena de clientes que aguardaban con él en la taquilla del metro. De noticias de guerra absolutamente nada. David se preguntó si aquel silencio era un indicio positivo de que la situación en Europa estaba empeorando para los americanos. La propaganda oficial solía pregonar a los cuatro vientos los progresos de la guerra en cuanto se producían, o incluso antes de que se produjesen. Si ahora guardaban silencio, era un signo de lo más alentador.

Entró a su apartamento, situado en el séptimo piso de un feo bloque con vistas a la escuela de bomberos. Estaban de exámenes y los aspirantes se entrenaban en la pista mientras David se afeitaba por la mañana. A veces tardaban más de lo debido en apagar el fuego y se levantaba una buena nube de humo que apestaba la casa. En fin, peor hubiera sido que viviesen junto al aeropuerto o bajo una línea de alta tensión. Había llevado en Los Ángeles un par de casos contra compañías eléctricas, por malformaciones en bebés a causa de los campos electromagnéticos que emitían los tendidos. Ganó las demandas en primera y segunda instancia, pero la compañía recurrió ante el Tribunal Supremo y, entre tanto se promulgó el decreto de extranjería que obligó a los no americanos de origen a abandonar el país, por lo que desconocía cómo había quedado el asunto. David temía que el

tribunal hubiese revocado el fallo y absuelto a la compañía, porque Cantwell había nombrado a personas de su confianza para la alta magistratura federal, y era bien sabido que el emporio eléctrico guardaba estrechas relaciones con el partido del presidente. Probablemente las familias de las víctimas se quedarían sin cobrar.

Trató de arrinconar aquellos pensamientos y arrojó el maletín sobre el sofá. Cogió del frigorífico una lata de cerveza y se arrellanó en su sillón favorito. Sólo al sentarse fue consciente de lo cansado que estaba.

Silvia salió de la cocina y se sentó junto a él, preguntándole cómo le había ido el día. David frunció la nariz.

—Otra vez huele a quemado. Espero que nunca tengamos que precisar los servicios de esos bomberos. Nos traería más cuenta dejar que se quemase la casa y avisar directamente a la aseguradora.

—Si tuviésemos seguro, claro; y si esta casa fuera nuestra.

—Habla en hipótesis —David tomó un largo trago de cerveza—. Está caliente.

—El frigorífico no funciona bien. Tuve que descongelarlo esta mañana. Hace placas de hielo.

—No importa, me la beberé así.

—No se puede decir que tus nuevos jefes sean excesivamente generosos con nosotros.

—Y qué quieres. Este empleo es todo lo que he podido conseguir.

Silvia se tendió en el sofá y cogió un buñuelo de la bolsa.

—Me parece que no fue buena idea venir aquí. Uno de tus jefes está pendiente de juicio, y si fuese a la cárcel...

—No va a ir a la cárcel.

—Aunque no fuese, ¿qué clase de individuo tienes por jefe? ¿Puedes trabajar tranquilo y aceptar órdenes de un sujeto que sabes que es un delincuente?

David tomó un segundo trago. No le gustaba nada la cerveza caliente, pero ahondar en las carencias del apartamento sería darle la razón a su mujer.

—Creo que ya has juzgado y condenado a Weed —dijo—. Y las cosas no funcionan así, Silvia. Tengo la convicción de que es inocente, y así lo demostraré ante el tribunal. Weed ha sido víctima de la conspiración entre un antiguo cliente y un fiscal que se la tiene jurada.

—Oh, no me hagas reír, Dave. Los miembros de la misma camada se protegen entre sí. ¿Qué vas a decir de Weed? Es abogado como tú, y además es tu jefe.

—Piensa lo que quieras.

—Además, eso de las conspiraciones ya te lo he oído otras veces, y siempre que utilizaste esa estrategia te ha fallado.

—Pues ahora es verdad, fijate por dónde. Weed es un hombre honrado, una víctima de las circunstancias y yo... mi obligación es... —David no sabía cómo desviar la mirada que le había clavado su mujer—. Al diablo, es mi trabajo. Si es culpable o inocente, no es asunto mío. A mí me pagan para librarlo de la cárcel, y es lo que voy a conseguir. Aunque Weed haya cometido todos los delitos de los que se le acusa.

—Debería importarte.

—Ya ves que no. Hace tiempo que comprendí que la justicia es un valor subjetivo que cambia según las circunstancias, como un río en movimiento. ¿Has leído a Heráclito? Te enseñará una nueva forma de percibir la realidad —se encogió de hombros—. Era mi frase cínica del día. Y ahora, vayamos a lo importante. ¿Qué hay de comer?

—Había pensado que por ser sábado comeríamos fuera.

—No podemos permitirnos el lujo de ir a restaurantes. Si ni siquiera tenemos un frigorífico decente —se asomó a la ventana. Los aprendices de bombero recogían sus mangueras y se iban a otro sitio—. ¿Qué tal le va a Teo en la nueva escuela? Con el ajetreo de esta semana, no he podido hablar con él.

—Se está amoldando bien. Creo que empieza a acostumbrarse a ir de un lado para otro, como la falsa moneda. David la atrajo hacia él.

—Aurora será nuestro hogar definitivo. Lo sé.

—Siempre dices eso cuando llegamos a una nueva ciudad.

—En esta ocasión será diferente —besó su cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja; a Silvia le encantaba—. Aún no me has dicho qué hay de comer.

—Pollo al horno. Le quedan unos minutos para que se dore.

—¿Y si te hubiera invitado a comer fuera?

—Bueno, sabía que no lo ibas a hacer, pero quería darte una oportunidad para sorprenderme.

Los labios de Silvia se transformaron en una sonrisa provocadora. Le estaba retando al duelo, pero si recogía el guante tenía todas las de perder. Era inútil tratar de convencerla de que no llevaba razón, ella se saldría con la suya y luego lograría que él se sintiese culpable. La conocía bien, era demasiado astuta. Quince años de matrimonio le habían enseñado a ser precavido.

—Te aseguro que en el futuro, cada día será una fuente de sorpresas para los tres. Pero estamos en el presente y las sorpresas cuestan dinero, algo que no tenemos en abundancia.

—Exprime un poco a Weed, pídele una provisión de fondos. Es lo que sueles hacer con los clientes.

—Weed no es un cliente cualquiera. Es uno de mis jefes.

—Es un cliente. Ha solicitado tus servicios, y no por hacerte un favor a ti, sino porque te necesita. Muy bien, que empiece a pagar ya. Márcales tu territorio desde el principio y hazte valer, Dave. Si te dejas avasallar ahora, estás condenado. No quiero que vuelvan a utilizarte de pasante nunca más porque no seas americano.

David tomó otro sorbo de su cerveza, pero descubrió que le estaba resultando muy difícil que descendiera por el gargante.

—Acabo de llegar al despacho. Si empiezo con exigencias, me pondrán de patitas en la calle.

—Puedes apostar a que no. Weed es un mal bicho; si no, ¿por qué te han llamado a ti para que le defiendas?

—Porque soy uno de los mejores abogados criminalistas de la Unión.

—Qué ingenuo eres. Nadie quiere defender a Weed, ni siquiera sus propios compañeros. Quizás todos tengan algo que callar aquí en Aurora y no desean verse envueltos en un

proceso contra un colega. El asunto podría salpicarles y no quieren arriesgarse. Por eso prefieren que un abogado de fuera asuma la defensa, alguien que esté limpio y no tenga puntos débiles que la fiscalía pueda aprovechar.

David reflexionó sobre aquello. Había momentos en que Silvia le hacía parecer un estúpido.

—Vaya, quieres decir que igual podrían haber contratado a cualquier imberbe recién salido de la facultad.

—Eso supondría condenar a Weed a la cárcel, y para eso no necesitan ningún abogado. Bastaría con que se declarase culpable —Silvia se sentó en uno de los brazos del sillón—. Eh, alegría esa cara, Dave. No habré herido tus sentimientos, ¿verdad?

—Lo haces cada vez que me llamas Dave. Mi nombre de pila es David. No soy anglosajón, lo sabes muy bien.

Silvia le acarició el pelo como a un niño malcriado y se fue a la cocina a sacar el pollo del horno. Su esposa tenía razón en una cosa: desde que abandonaran los Estados Unidos, habían tenido que malvivir aceptando empleos humillantes aquí y allá. Pero su mujer no valoraba lo que significaba seguir vivo a este lado del Atlántico. La gente moría a millares en Europa, víctima de la guerra. Los padres de David, atrapados en una Madrid sitiada, sobrevivían de la ración de pan y agua que la Cruz Roja repartía entre la población. Llevaba quince días sin saber nada de ellos, y el temor de que les hubiese ocurrido lo peor no le dejaba dormir. Comparado con lo que sus padres padecían, trabajar de pasante era un privilegio.

Su hijo pasó al salón. Llevaba a Óscar, aquella calavera horripilante de plástico, entre las manos. Ya era capaz de montarla con los ojos cerrados y alardeaba de ello entre sus nuevos compañeros de clase. Teo parecía naturalmente dotado para resolver rompecabezas y reconstruir cosas rotas. El verano pasado, por su cumpleaños, David le compró un maletín de juguete para montar circuitos eléctricos. Desde entonces, Teo era el encargado de arreglar las chapuzas de la casa. David se reconocía un completo inútil para esos menesteres, siempre había sido una nulidad en los trabajos manuales y era incapaz de arreglar un simple interruptor de

luz. Su hijo, en cambio, había nacido con ese don. Un día se estropeó la licuadora, circunstancia que Silvia pretendía aprovechar para cambiarla por otra con programador digital. David la sacó del cubo de basura y se la entregó a su hijo:

—A ver qué puedes hacer por ella.

Teo abrió el panel trasero del aparato. No sabía cómo funcionaba aquel trasto, jamás había tenido uno así entre sus manos, pero desmontó las piezas, las limpió, las volvió a montar siguiendo el orden lógico que le dictaba su mente y se la devolvió a su padre.

—Pruébala ahora.

David así lo hizo. Exprimió un par de tomates y la licuadora funcionó perfectamente. Silvia, que creía haberse librado definitivamente de la licuadora, la encontró al día siguiente en la cocina con restos de pulpa roja.

—Nuestro hijo es un diamante en bruto —dijo muy satisfecho a su mujer—. Nos ahorrará una fortuna en facturas.

Teo se convertiría algún día en un buen ingeniero, pensó, sosteniendo en su regazo la bolsa de buñuelos. Cogió uno y lo examinó detenidamente. Su superficie, llena de altibajos, era la representación gráfica de la vida que habían llevado hasta ahora. ¿Podría Teo algún día desarrollar su potencial? ¿Tendría tiempo para estudiar una carrera en medio de aquel frenético ir y venir de un lugar a otro?

Su hijo puso fin a sus reflexiones, quitándole el buñuelo de las manos.

—Si sigues mirándolo mucho más tiempo se enfriará —dijo, llevandoselo a la boca.

—Tienes razón —reconoció David—. Si no te decides, otro habría venido y se lo habría comido. La vida contemplativa no produce beneficios.

Teo miró a su alrededor.

—No hay nadie por aquí.

—Bueno, tu madre está en la cocina. Los buenos bocados tienen más de un pretendiente. Si dudas, alguien aparecerá de donde menos te esperes y te lo quitará.

La voz de Silvia tronó desde la cocina.

—¡No le enseñes al niño a ser codicioso!

—No es codicia. Es la pura realidad, Teo. La vida tiene sus reglas, pueden gustarnos o no, pero son las que hay. Muchas de ellas tienen su origen en la ley de la selva, pero no podemos cambiarlas. Desde el punto de vista evolutivo acabamos de bajar de los árboles. Hemos aprendido a caminar erguidos y a fabricar algunos cachivaches fascinantes, como la licuadora que tiene tu madre, pero poco más —escrutó la expresión de su hijo—. Comprendes lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

—Más o menos —cabeceó Teo, inseguro.

—No importa. Algún día lo entenderás, pero recuerda esto: tienes que aprender a utilizar las reglas del juego en tu propio beneficio. No se trata de hacer trampas, sólo de tener sentido de la oportunidad, de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, de aprovechar la ocasión sin vacilar.

Teo pensó qué se habría tomado aquella mañana su padre para comportarse de ese modo. Bueno, en realidad no necesitaba beber para hablar así; aquellos arrebatos de adoctrinamiento paternal solían ocurrir de vez en cuando, coincidiendo con momentos críticos en su trabajo. Su padre buscaba desahogarse con alguien, y él era una víctima propiciatoria en estos casos. Teo agradeció como una liberación el aviso de su madre de que fuera a ayudarle a poner la mesa. Junto al sofá tuvo la atención de dejar la calavera de plástico, por si a su padre le apetecía hablar con Óscar mientras tanto.

David, que no se sentía muy estimulado al contemplar el tétrico pedazo de plástico, lo escondió tras un cojín y entró en la cocina. Silvia acababa de colocar el pollo en el centro de la mesa, un buen ejemplar con las alas atadas en posición de orar, como si hasta el último momento su cuerpo decapitado hubiese solicitado clemencia. David descorchó una botella de vino tinto y se sentó a comer.

—No quiero que Teo sea abogado —dijo Silvia, entregándole el cuchillo y el tenedor de trinchar para que hiciera los honores—, pero tú te empeñas en enseñarle cómo debe pensar para hacerse sitio en tu profesión. Empaparle de una actitud mercantilista no va a ayudarle a madurar antes, sólo a convertirse en una persona interesada.



David hundió el cuchillo en la carne y tropezó con el hueso. No soportaba el sonido del cuchillo al aserrarlo, pero se suponía que era una tarea que debía hacer él, una de esas discutibles prerrogativas masculinas que van asociadas al cabeza de familia. Apretó fuerte hasta el fondo y el hueso se quebró. Parte del relleno de piñones, hígado y ciruelas pasas se esparció por la fuente mientras se afanaba en la disección del ave.

—Teo será lo que él decida —respondió—. No voy a imponerle nada, pero conviene que empiece a tomar conciencia cuanto antes del mundo en que vive. Un mundo en el que no triunfan los más capaces, sino los mejor colocados. Como Cantwell, por ejemplo.

Silvia le contempló con extrañeza. David se arrepintió inmediatamente de haber elegido aquel ejemplo. Por su cabeza seguían planeando dudas acerca de las ideas de su mujer, pero decidió continuar sólo para provocarla.

—No es una persona capaz, eso es obvio, y ha llegado a presidente. Supo estar en el lugar y momento adecuados, cuando los militares estaban decidiendo por los ciudadanos el futuro de América, y este sentido de la oportunidad lo catapultó al poder. Desde luego, no es un ejemplo a imitar, Teo, en ningún caso debes tomar a Cantwell como modelo por mucho que te intenten convencer de lo contrario en la escuela. No tengo que recordarte lo que su ejército está haciendo en nuestro país, y lo que tus abuelos están sufriendo por su culpa. Lo que quiero que captes es la esencia del asunto: no basta con estar bien preparado, también tienes que estar bien situado. Vulgares periodistas ganan Pulitzer o forman parte de altos organismos de la Administración sólo porque son populares y tienen amigos en puestos clave; jueces o políticos mediocres son nombrados para el Supremo porque cuentan con más contactos que sus competidores y no por sus conocimientos de leyes. El talento tiene muy poco que ver en sus triunfos. El mundo funciona así.

Teo atacó el trozo de pechuga que su madre le había servido y afirmó distraídamente con la cabeza. Podía simular que estaba escuchando, y sin embargo sus pensamientos hallarse a miles de kilómetros de allí. Como actor era

magnífico, pero David conocía todos sus trucos. Cuando respondía con monosílabos a sus preguntas era señal de que se había desconectado por completo de la conversación.

—Ayer me corrigieron el primer relato en el taller literario —dijo Silvia—. Blair es un tipo estupendo. Un poco machista, pero tiene talento. Publicó un libro hace un par de años que fue un éxito de ventas en la Unión Americana. Se titula...

El tenedor de David se quedó detenido entre el muslo y una patata.

—No me habías dicho nada —dijo secamente.

—Te lo comenté durante el viaje en avión.

—Sabes que no podemos permitirnos eso ahora. Más adelante, quizá, pero no en este momento.

—He empezado a trabajar.

David la miró con desconcierto.

—Eso es una buena noticia —dijo.

—Para ser exactos, empezaré dentro de unas semanas, pero ya he firmado el contrato.

—Entiendo —tomó un sorbo de vino—. ¿De qué se trata?

—Una panadería. Quinientos al mes y dos gratificaciones al año; si es que estamos tanto tiempo en Aurora para que pueda cobrarlas, claro.

—Un salario bastante bajo —comentó él—. Pero si es lo que deseas, por mí adelante.

—Trabajaré por las mañanas en jornada continua. Por la tarde acudiré a las clases.

—Ya veo que has pensado en todo. Bien, me parece una magnífica idea. Aportará dinero a la casa, que buena falta nos hace.

Observó los ojos de Silvia, pero ésta desvió la mirada. Era evidente que su mujer tenía otros planes.

Se encogió de hombros. Quinientos dólares siempre eran mejores que nada. Ella se costearía sus clases y todavía sobraría algo para realizar algunas compras urgentes.

Pero cómo podía ser tan estúpido. ¿Había dicho sobrar? Si algo había aprendido durante su vida de matrimonio con Silvia era que nunca tenían un miserable dólar en su cuenta

corriente. No es que su mujer tuviera toda la culpa de ello, pero por una u otra causa, la palabra ahorro hacía tiempo que había sido eliminada del diccionario familiar.

David cambió de tema y se volvió hacia su hijo.

—¿Cómo te va en la escuela, Teo? ¿Has hecho nuevos amigos?

—Sí.

—Tráetelos algún día aquí, para que los conozcamos. Seguro que les gustará ver la escuela de bomberos.

—Bien.

Teo escarbó en la fuente con el tenedor, en busca de más ciruelas pasas.

—Están deliciosas, ¿verdad? A veinte pavos el paquete —murmuró David—. Las compré en una *delicatessen* del centro.

Teo afirmó con la cabeza y siguió comiendo.

## CAPÍTULO 3

Harry Weed rebañó con un buen trozo de pan su plato de mandril adobado. El camarero rellenó por segunda vez las copas con un espeso vino tinto, por cuarta la de Weed, quien no cabía de gozo en el restaurante. Después de que el fiscal se viese forzado a retirar los cargos y la causa fuese sobreseída, para Weed era como volver a nacer, profesionalmente hablando. Sus carnes estuvieron a un paso de la cárcel, y David lo había salvado del fuego. Sus compañeros no daban un centavo por su pellejo hasta ese momento, pero ahora tendrían que volver a contar con él.

Weed tenía motivos para estar contento, aunque no olvidaba que sus colegas hubieran escurrido el bulto y contratado alguien de fuera para defenderle. Prácticamente le habían entregado a los perros, quizás con la secreta esperanza de que el fiscal acabase con él y no dejase los huesos para un caldo. Pero Weed había sobrevivido, sus compañeros trataron de enterrarle demasiado pronto y les había sorprendido a todos saliendo victorioso de la fosa.

Contempló con resentimiento a Tyler, que se hallaba enfrente charlando con Maffei, un poderoso directivo de Crame Industries que Weed había invitado. Nunca se había llevado demasiado bien con Tyler, y puede que su socio hubiese aprovechado aquel caso para tratar de quitarle de en medio. Todos en el bufete estaban al corriente de la jugada que habían gastado a Darrell Microsystem, pero a la hora de la verdad lo habían dejado a merced de los tiburones. Weed había tenido que hacer malabarismos para encubrir los

elevados honorarios que Crame Industries le había pagado por sus servicios: nada menos que diecisiete transferencias a través de sociedades intermedias y bancos repartidos por todo el mundo, hasta parar a una cuenta restringida de un banco suizo. Sus cinco millones de pavos estaban ahora a buen recaudo, pero había corrido demasiados riesgos, y se preguntó hasta qué punto merecía la pena.

Oh, sí la merecía. Él ahora era rico, y Tyler no, y verle sufrir compensaba la operación. El presidente de Crame también lo sería, una vez que hubiese rentabilizado la información de los nuevos microprocesadores de la Darrell, el fruto de diez años de investigación obtenidos prácticamente por una bagatela.

Pero el gran mérito de la operación se lo debía a David, aquel abogado de España con la cara picada por las cicatrices de su acné juvenil, sentado a su diestra. Tenía un gusto cuestionable en las corbatas y se peinaba con una anticuada raya a la izquierda, pero su talento en los tribunales estaba fuera de duda. Weed quería recompensarle por su intervención en el caso, y uno de los motivos por los que había invitado a Maffei a la comida era para que se fijase en el joven y contratase sus servicios. David era buen abogado, astuto como un zorro y venenoso como un escorpión cuando hacía falta, pese a su aspecto engañosamente inofensivo. Lástima que no fuese americano, pero en esta vida no se puede tener todo. Y qué diablos, estaban en Aurora, no en los Estados Unidos, y la xenofobia del presidente era aquí menos paranoica. Si David sabía jugar sus cartas, llegaría muy lejos. Weed no permitiría que su talento en bruto fuera malogrado por gente como Tyler.

—Dime una cosa, David —Weed observó pensativo el borde de su copa de vino, manchada de grasa—. ¿Por qué concentraste tu artillería en los defectos procesales? ¿Tan seguro estabas de que se invalidaría el procedimiento? ¿Y si no hubiera dado resultado?

—No estaba seguro —declaró el aludido—. Pero tenía que arriesgarme, o habríamos perdido. Las pruebas obtenidas mediante las intervenciones telefónicas eran sólidas. El caso estaba sentenciado si llegaba a la vista oral; sólo podía evitar el desastre si conseguíamos anular la principal prueba de la

acusación. De todas formas, debo reconocer que todo el mérito no fue mío.

—Vamos, no seas modesto.

—Sin la ayuda de los dos policías que realizaron las escuchas telefónicas no habríamos conseguido invalidarlas. Ellos aparentaron en la audiencia haber sufrido un error al excederse en el tiempo de escucha. En realidad nunca hubo tal error, Harry.

Weed estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—¿Los untaste?

—Baja la voz —le advirtió Tyler.

—Bueno, digamos que me interesé un poco por su bienestar —confesó David—. Ganan mil miserables pavos al mes, y con eso es difícil afrontar algunos gastos. La mujer del más veterano debía ser intervenida de un tumor en el colon, y el hospital le pedía cien mil por la operación. Era la vida de su esposa o su honestidad de policía. Que le den a la honestidad, yo en su lugar habría elegido lo mismo.

—¿Y si nos descubren? —exclamó Weed con un gañido en la voz.

—Imposible. El agente pidió un préstamo a uno de los bancos con los que trabaja nuestra firma para pagar al hospital, y le fue concedido a interés preferencial. Alguien anónimo pagará en su nombre las amortizaciones, por supuesto. Todo es perfectamente legal.

—David, te has arriesgado mucho por salvarme —dijo Weed—. Y de paso salvaste la vida de la mujer de ese pobre policía. ¿No es fantástico? Estoy impresionado —se volvió hacia Maffei—. Te dije que era un buen chico.

El directivo de Crame Industries, un tipo huesudo de ojos saltones, nariz ganchuda y tez cetrina, vestía un carísimo traje gris de seda natural que le quedaba algo holgado para su constitución, especialmente a la altura de los hombros. Era como la imagen en negativo de Weed, rollizo, lustroso y con una voracidad que no conocía límites. Maffei parecía muy atareado en desmenuzar su filete de venado, reduciéndolo a pequeñas fibras que agrupaba con el tenedor en un extremo del plato siguiendo un ritual particular, pero sin demostrar

entusiasmo por la comida. Bajo aquel aparente aire de ausencia, escuchaba con atención lo que se decía en la mesa.

—Creo que podéis confiar en él —dijo Maffei, pinchando al azar unas cuantas hebras de carne.

David no pudo contener una sonrisa de satisfacción, halagado por tantas felicitaciones.

—El espíritu de sacrificio y la lealtad son los principales valores de nuestro trabajo —añadió Maffei, alzando la vista del plato para dirigirle una breve pero intensa mirada—. En los tiempos que corren son un valioso tesoro.

Tyler echó un vistazo receloso al individuo de ojos saltones. No le había gustado que Weed lo hubiese invitado a comer. En realidad, consideraba un error que estuviesen celebrando la victoria y hablando de ella en un lugar público. Se suponía que el restaurante era de absoluta confianza, pero nunca se podía estar seguro al cien por cien, y tanto David como Weed estaban hablando por los codos como un par de bisoños; lo que quizás tuviera disculpa para David, porque era un recién llegado a aquellas tierras. Pero en cuanto a su socio no tenía perdón.

Y respecto a Maffei, no podía ser un tipo muy listo o de otro modo habría declinado la invitación de Weed. Lo observó cómo reducía a hebras el filete que tenía en el plato y apartaba las pocas vetas de grasa que encontraba a un lado, con una escrupulosidad irritante. El restaurante era el mejor de toda Bolivia, y hacer remilgos a su carne equivalía a insultarles a ellos mismos, que eran los que pagaban la factura.

El ejecutivo de Crame hablaba poco, pero lo que Tyler había oído no le gustaba lo más mínimo. Maffei se había fijado en David, algo inevitable dada la machacona insistencia de Weed en destacar sus méritos, aunque por supuesto había silenciado que el bufete tuvo que escoger un abogado de fuera porque sus asociados estaban demasiado vistos por la policía para mover un solo dedo. No había sido seleccionado por sus conocimientos, sino por su capacidad para ser útil. Y en ello sí reveló un cierto talento.

Por eso le molestaba que ahora viniese aquel tipo de nariz ganchuda a arrebatarle su adquisición. David podía seguir siendo útil para ellos durante algún tiempo, Tyler ya

había pensado en encargarle algunos asuntos delicados hasta que acabase quemándose y dejase de serles útil, pero si Crame Industries se interponía en sus proyectos, ya podía ir olvidándose del joven para siempre.

—Me he preguntado muchas veces por qué la industria informática no dirige sus esfuerzos al mercado de consumo —comentaba David a Maffei—. ¿No han pensado en las enormes posibilidades que ofrece?

Maffei masticó con parsimonia un poco de venado deshilachado, como una vaca que pastase tranquilamente al sol. En sus delgados labios se dibujó una sonrisa.

—Es demasiado caro producir los circuitos en serie —contestó—. Los ordenadores son muy costosos y sólo están al alcance de las grandes empresas. Se necesitaría una fuerte inversión en investigación y desarrollo para producir ordenadores domésticos a un precio asequible. Eso en cuanto al aspecto técnico del asunto.

—También está el político —dijo Weed—. La informática equivale a poder.

—Exacto —confirmó Maffei—. El gobierno no está interesado en promocionar el sector informático en el mercado de consumo, y nos pone toda clase de trabas. Piensa que si la información estuviese libremente al alcance de cualquier ciudadano, fluyendo a través de una red, se generarían inestabilidades sociales en el seno de la Unión Americana. El gobierno perdería el monopolio sobre el control de la información, y eso no favorecería a Cantwell.

—Pero estamos en 1998, el hombre ha llegado a Marte y sin embargo, un ciudadano medio no puede comprar un ordenador —declaró David—. Yo lo veo un contrasentido. ¿Cree sinceramente que la postura del gobierno es una opción racional?

—Mis creencias carecen de importancia —contestó Maffei con cautela—. En Crame Industries no valoramos las opciones políticas, sino las perspectivas de negocio. Tal vez algún día el presidente cambie de opinión, si se le garantiza controlar la red informática que en el futuro podría abarcar toda la Tierra; tal vez ese día esté más cerca de lo que pensamos —añadió, recorriendo con la mirada a los tres



abogados—. Si fuese así, Crame estaría preparada para dar respuesta a las demandas del mercado.

—La Darrell Corporation también pretende lo mismo. ¿Cómo pretenden neutralizarla?

Maffei sonrió y miró a Weed. Éste le devolvió la sonrisa. Tyler sacudió la cabeza y bajó los ojos a su plato.

—Darrell ya está neutralizada, muchacho —dijo Weed—. Y tú has contribuido a este resultado. En los próximos años, Crame Industries hundirá el precio de los microprocesadores fabricándolos a millares.

El camarero retiró los platos. Nadie pidió postre, excepto Weed, que se comió una enorme copa de helado, con fresones y chocolate líquido. Su gula era directamente proporcional a su locuacidad, desatada por el vino añejo que se había bebido durante la comida. Tyler, más atento al reloj que a su lenguaraz socio, rogaba que aquello se acabase cuanto antes. Tenía dolor de cabeza, su úlcera le ardía y el muñón al que iba sujeto su brazo ortopédico comenzaba a picarle. Con mucho gusto se lo habría sacado allí mismo para aliviarlo y de paso, atizar a Weed con la prótesis de aluminio, pero habría llamado demasiado la atención y eso era algo que deseaba evitar.

Para colmo de su paciencia, Weed empezó a soltar chistes procaces animado por el generoso coñac que fue servido tras el café, aunque Harry no necesitaba ser animado para ser grosero; ya lo era estando sobrio. Tanto Maffei como David rieron sus infantiles juegos de palabras, pero era evidente que lo hacían por cortesía. Tyler no se tomó la molestia de ser amable en ese aspecto, y exhibió un rostro avinagrado que reflejaba fielmente su estado de ánimo y el tamaño de su úlcera.

Antes de levantarse y poner fin al suplicio, todavía tuvo que soportar cómo delante de sus narices, el directivo de Crame entregaba a David una tarjeta y le invitaba a visitarlo cuando quisiera. Weed palmeó la espalda del joven abogado con falso paternalismo, como si a él le correspondiese el mérito de haberlo descubierto, relegando a Tyler a un tercer plano.

Si no hubiese estado en juego la supervivencia del bufete, habría entregado a Weed a las hienas. Pero abandonar

a su socio equivalía a que tarde o temprano vendrían a por él. Seguir los dictados del corazón no solía coincidir con los intereses del negocio. Tyler podría haberse arreglado muy bien sin aquel borrachín y realmente era lo que deseaba. Pero tal como estaban las cosas, no tenía otro remedio. Al fin y al cabo, Weed sería menos peligroso dentro del bufete que fuera, donde pudiese campar a sus anchas.

Caminó en solitario hacia su Ford eléctrico. Era silencioso, eficaz y no viciaba el aire, justo las cualidades de las que su socio carecía: su ineptitud había sido la culpable de que la Darrell les hubiera llevado a juicio. Sólo si Weed enmudeciera de repente podría volverse a confiar en él.

El murmullo del motor fue apenas perceptible para Tyler, que amaba el silencio por encima de todo. Colocó la palanca de cambios en automático y entornó los ojos. Weed, Maffei y David se alejaban calle abajo, conversando alegremente hasta que se detuvieron en la esquina. Centró su mirada en la gorda cabezota de Weed. Sus labios se movían sin cesar aún cuando ya se estaba alejando de los demás, pero afortunadamente él ya no podía oír las estupideces que salían por aquella boca, protegido en el interior de su vehículo. Al menos por lo que restaba de día, porque a la mañana siguiente tendría que volver a soportarlo. Abrió la guantera y se tomó una pastilla para la úlcera.

Imaginó un mundo sin buitres planeando en busca de presas, y trató de creer que ese lugar existía fuera de su imaginación. En contra de lo que muchos de sus clientes suponían, él todavía sentía escrúpulos para determinados trabajos; y soñaba con un idílico futuro en el que tuviese el dinero suficiente para poder retirarse a vivir de las rentas y fundar un patronato para ayudar a los desgraciados. Muchas de las fundaciones actuales tenían un pasado vergonzante, si no ¿de dónde había salido el dinero para ponerlas en marcha? Trabajando honradamente no se hace nadie rico, salvo improbables cursos del azar. Tyler conocía esa gran verdad y tenía el dinero necesario para dar fe de ello; por eso sabía perfectamente quiénes eran los sujetos que aparentando ser personas honorables en la televisión, regalaban generosas sumas de dinero. También sabía que por graves que fueran los

pecados cometidos, el pueblo terminaba olvidándolos si al final se redimían con un porcentaje de las ganancias. Era como pagar un salario a la mala conciencia, un soborno que, explícita o implícitamente, todos acababan aceptando.

Hipócritas. La pastilla para la úlcera se deshizo en su boca. Pisó el acelerador.

\*\*\*\*\*

—Realmente no te falta de nada, Jakosky.

David se paseó por el estudio de su colega. Disponía de los accesorios de radioaficionado más caros y una antena con la que podría emitirse incluso a la Luna. Carl Jakosky bromeaba de haber estado interceptando emisiones de la misión a Marte, pero todo el mundo sabía que iban codificadas y se precisaba un sofisticado equipo informático para descifrarlas. Jakosky, como la mayoría de los mortales, carecía de ordenador.

—La semana pasada me compré un nuevo equipo, una Hitachi DR5000 —Jakosky le enseñó el aparato. La caja de embalaje todavía estaba en un rincón de la habitación, con el corcho esparcido por el suelo. No tenía intención de pagarla hasta asegurarse de que satisfacía sus expectativas—. Posee un sistema automático para filtrar ruidos y apenas consume electricidad.

Junto a ella se encontraba la radio que trataba de venderle. Era un equipo viejo y gastado, un armatoste enorme con el amplificador separado del sintonizador de frecuencias. Su diseño era prehistórico.

—Tyler me dijo que estabas interesado en adquirir un equipo a bajo precio —dijo Jakosky—. Bien, te lo dejo por doscientos dólares, prácticamente tirado.

Al oír el precio, David comenzó a mirar la radio con otros ojos. Bueno, por ese dinero apenas perdía nada. Las radios de válvulas eran muy apreciadas por su largo alcance y potencia de emisión, pero tenían el inconveniente de que no se fabricaban repuestos para ellas. Si se te averiaba una pieza

debías recorrer los basureros de los hospitales; en algunos todavía se usaban aparatos a válvulas.

—He conseguido hablar a través de este cacharro con gente de Sydney y Vladivostok como si estuvieran aquí al lado. Es increíble, de veras.

—Doscientos dólares me parece regalado —David pulsó la clavija de encendido—. ¿Seguro que funciona?

—Espera, no está enchufada —Jakosky trasteó entre la maraña de cables de la parte trasera. Un fuerte zumbido inundó la estancia—. Es el alimentador. Enseguida desaparecerá, no te preocupes.

David se inclinó hacia la radio. El zumbido cesó, tal como su colega prometía, transformándose en un suave ronroneo.

—Ruttman —leyó en el frontal—. No me suena esa marca.

—Claro que no. Fueron montadas en Alemania. La fábrica quedó destruida durante un bombardeo aliado a finales de la segunda guerra mundial. Es una pieza de coleccionista, sólo quedan cinco o seis modelos como éste en todo el mundo.

Los altavoces crepitaron cuando David movió a la derecha el sintonizador.

—Estoy seguro de que encontrarías a un comprador que te pagase más dinero.

—Es un favor personal que te hago por ser compañero del bufete. Vamos, ¿qué dices? Los fabricantes alemanes eran los mejores del mundo. Aunque alguna empresa americana se pusiese hoy a construir radios como ésta, no lo conseguirían. La tecnología que la hizo posible murió con los nazis.

David no se acababa de decidir. Tenía que haber gato encerrado, porque no le daba la impresión de que Jakosky fuese de los que hacían un favor a nadie. Ninguno de sus compañeros del bufete eran de esa clase de personas, empezando por Tyler; sólo se hacían favores a sí mismos.

—Bueno, te confesaré un pequeño inconveniente —dijo su anfitrión para diluir sospechas—: consume demasiado. Pero a cambio, puedes conseguir un alcance que ninguna radio de circuitos integrados te dará. Un módico sacrificio a cambio de grandes ventajas.

—Necesitaré un permiso especial de las autoridades de Aurora. No creo que mi licencia me sirva aquí.

—¿Para qué están los abogados? —rió Jakosky—. Deja eso de mi cuenta.

Su mujer cruzó por la puerta del estudio, como una sombra que tratase de pasar inadvertida. Jakosky la llamó.

—Es David Brell, el compañero del que te hablé. David, te presento a Sandra.

—Hola —Sandra extendió maquinalmente la mano. Tenía los ojos hundidos y un aspecto demacrado que empañaba unas facciones otrora bellas—. Mi marido no me avisó de que vendrías.

—Bueno, la verdad es que ha sido por un comentario casual en el despacho —dijo David—. Carl me habló de su vieja radio y me ofreció vendérmela.

—Sí, mi marido siempre está a la última en radios. Le harás un favor llevándotela. Él pensaba tirarla.

—No le hagas caso —sonrió Jakosky—. Oye, cariño, ¿por qué no nos traes un par de cervezas? Hace calor aquí dentro.

—Gracias, pero no me apetece —dijo David.

—A mí sí —Jakosky miró autoritariamente a su esposa, reprendiéndola por interferir en la negociación, y aquélla desapareció sumisamente del estudio.

Vaya un sujeto, pensó David. Si se comportaba así cuando tenía visitas, qué sería capaz de hacer cuando estuviese a solas con ella. Quizás por eso Sandra presentaba tan mal aspecto. Era como una rosa a quien la convivencia con Jakosky hubiese marchitado. No le apetecía hacer tratos con ese individuo. Quizás no debiera comprarle la radio, a pesar de que fuese una oferta tentadora.

—Tu intervención en el caso de Weed ha sido muy sonada —dijo Jakosky—. ¿Sabías que eres la persona que más antipatías despierta en el bufete?

—Me sorprende que digas eso.

—Pues no deberías extrañarte. El éxito es algo que aquí no se soporta, y más si el que triunfa es un recién llegado que ni siquiera es americano. Estoy hablando de lo que dicen los

demás, claro —se apresuró a matizar—. Yo te deseo lo mejor en Aurora, y puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Muchas gracias —David sabía que el ofrecimiento de Jakosky no era sincero—. Lo tendré en cuenta.

—Si hay algo que yo no tolero es la falta de éxito. Tus compañeros te tienen envidia porque carecen de talento. Supongo que así reaccionan los incompetentes cuando encuentran alguien superior a ellos.

—No me considero un ser excepcional —dijo David, sintiendo que el pecho se le hinchaba de vanidad—. Soy uno más de vosotros. He tenido suerte, aunque cualquiera podría haberlo hecho igual.

Pero era mejor que ellos, se dijo interiormente. Si no, ¿por qué Tyler le había elegido para el caso? Aquel puñado de idiotas sólo habría conseguido llorar al Fiscal para que redujese un par de años la petición de condena. Él, sin embargo, había salvado a Weed de la cárcel y como prueba de su audacia, ahora se disponía a reclamar al departamento de Justicia una indemnización por los perjuicios causados a su cliente.

—Sin hombres capaces de enfrentarse a las adversidades, América no habría llegado a ser nunca lo que es —dijo Jakosky.

—Estoy de acuerdo —David reprimió una mueca ante el tufo que desprendían aquellas palabras.

—Yo no soy como esos integristas que odian todo lo extranjero. América es una nación de inmigrantes. ¿Por qué recelar de ellos? Somos lo que somos por la gente que vino de fuera para realizar aquí sus sueños. No es justo que ahora los rechacemos.

Sandra apareció silenciosamente con dos latas de Bud. Las dejó encima de la mesa y se marchó sin decir palabra. Jakosky le dedicó una mirada supervisora.

—Sé que no debería decirte esto, pero nuestra economía no anda muy bien —Jakosky se llevó la cerveza a los labios—. Sandra y yo hemos discutido por ello. Tendremos que marcharnos de esta casa y buscar otra menos lujosa que esté a nuestro alcance.

David no sabía qué decir. Le daba la impresión de que tras aquellas lamentaciones se escondía una petición de dinero. Quizás Jakosky suponía que Tyler y Weed le habían recompensado generosamente y que podía aprovechar la coyuntura.

—Lo siento —dijo—. Mi economía tampoco anda muy boyante. Silvia y yo vivimos en un apartamento frente a la escuela de bomberos. No es que sea mal sitio, pero raro es el día en que no se nos llena la casa de humo.

Jakosky cabeceó y tapó la vieja Ruttmann con un paño.

—Espera, no la guardes todavía. Me interesa la radio. ¿Cuántos pedías, doscientos? —sacó la cartera—. Tómalos.

—No tienes por qué comprarla si no quieres.

—Claro que quiero comprarla. Es perfecta para el uso que quiero darle. ¿Me ayudas a cargarla al coche?

—Por supuesto.

David transportó el amplificador y Jakosky el resto del equipo. Desde la ventana del salón, Sandra contemplaba atentamente cómo cruzaban el jardín en dirección a la calle.

Los pensamientos de la mujer eran una mezcla agri dulce de desazón y alivio.

## CAPÍTULO 4

El edificio administrativo de Crame Industries era una olla colocada al fuego que borbotaba con actividad contagiosa. Pasar a sus dependencias equivalía a entrar en una autopista: la sensación de vértigo te embargaba al franquear las elegantes puertas giratorias del vestíbulo, y no te abandonaba hasta mucho tiempo después de haber salido de él. Era una microciudad en efervescencia, un conglomerado laberíntico desde el cual la corporación controlaba parte de su imperio comercial y contaba sin cesar sus beneficios.

David subió al octavo piso de oficinas y buscó al secretario personal de Maffei. Había concertado una cita para aquella mañana a las once, pero había llegado con quince minutos de adelanto. David acostumbraba llegar adelantado a las citas y detestaba la impuntualidad, que consideraba un signo de ineficacia. Aquel que no es capaz de cumplir con los demás tampoco es capaz de cumplir consigo mismo, se decía.

La planta estaba compartimentada por una serie interminable de biombos a media altura, de forma que el trabajador que permaneciese sentado tuviera una cierta concentración para no ver la cara del vecino; pero bastaba con ponerse de pie para que ese espejismo de intimidación se quebrase. Era un modo fácil de tener vigilados a los empleados, y además se ahorraba dinero en tabiques al no tener que levantarlos hasta el techo. Los jefes, naturalmente, sí poseían despachos privados con llave y cristales de espejo: desde allí observaban a los demás sin ser vistos. Podían saber si cada uno estaba en su puesto de trabajo y los lapsos de



tiempo en que lo abandonaba. De hecho, había unos curiosos sensores encima de cada compartimiento, y David se preguntó si no serían una forma de vigilancia ultrasónica para controlar a los empleados, como si de coches de un parking se tratase.

Mientras avanzaba por el pasillo echó un vistazo al interior de los cubiles. Nadie se percató de su presencia, estaban demasiado concentrados en su trabajo para notar que alguien les miraba. Daba gusto verlos trabajar sin levantar la cabeza de los papeles, vestidos impecablemente con chaqueta y corbata, indumentaria obligada para todos los empleados.

O para casi todos.

Uno de los cubiles estaba singularmente desordenado: restos de bocadillos encima de listados de ordenador, tazas de café frío abandonadas en cualquier parte y miniaturas de frutas de plástico sujetando notas en los mamparos de corcho. El inquilino del departamento llevaba una camiseta a rayas en lugar del atuendo reglamentario, su melena le llegaba a los hombros y su último afeitado debía datar de un par de semanas. No parecía uno de los jefes porque de lo contrario ocuparía un despacho con cristal de espejo, pero tampoco podía ser un empleado cualquiera o su presencia no habría sido admitida en aquella organización espartana. David trató de adivinar qué tendría de especial ese sujeto, y dado que tenía tiempo de sobra se acercó a curiosear.

—Hola, me llamo David Brell —extendió su mano—. Estoy buscando al secretario del señor Maffei. ¿Podrías ayudarme?

El hombre se puso unas pequeñas gafas de cristales redondos que le daban un aspecto de genio impertinente y giró su silla para verle mejor. Tenía restos de magdalena en la comisura de los labios y manchas de café por la camiseta. Junto al teclado del ordenador picoteaba un racimo de uva.

—¿Es tu primer día de trabajo? —le respondió—. No me suena tu cara, así que debes ser el nuevo repartidor de correo. Ayer despidieron a Murray. Él era quien nos traía las cartas, me dijeron que llevaba en ese empleo desde los dieciocho. Cumplió los cincuenta y lo despidieron, y Murray era el mejor en su trabajo; a media mañana nos traía pastas de

huevo y... —lo miró por encima de sus gafas—. No sé si sabrás estar a su altura.

—Bueno, en realidad vengo de visita. Me dedico a arreglar los problemas de la gente —dijo con calculada ambigüedad.

—Ya veo —el hombre se fijó en su maletín—. Pues pareces un abogado.

—Es lo que he dicho.

El hombre sonrió cínicamente.

—Un abogado no arregla problemas, sólo los aumenta —le estrechó la mano—. Me llamo Idris, y si te dedicas a buscar líos aquí no te faltará el tajo

—buscó en el interior de una bolsa—. ¿Una magdalena? Ya no me quedan pastas, lo siento. Pobre Murray.

—Gracias, ya he desayunado.

Idris le dirigió una segunda mirada, deteniéndose particularmente en el nudo de su corbata.

—Supongo que te estarás preguntando por qué me dispensan este trato de favor —Idris extendió los brazos para abarcar su territorio—; el motivo de que no me obliguen a acatar ciertas normas, por otra parte estúpidas.

—Es intrigante, la verdad.

Idris se comió de un bocado la mitad de la magdalena que le había ofrecido.

—Si un día decido no venir, no me despedirán; si me voy antes de hora, habrá rechinar de dientes entre mis compañeros, pero mis jefes lo pasarán por alto. Todos estos palurdos de mi alrededor visten como lechuguinos y yo en cambio voy como me da la gana, ¿comprendes? Algo debo tener de valioso para que no me hayan echado a patadas —hizo un avión con un trozo de listado y lo arrojó por encima del mamparo al departamento contiguo—. Te contaré mi secreto: soy imprescindible para ellos. No pueden despedirme como si fuese un esclavo más porque entonces me iría a trabajar a la Darrell y no lo soportarían. Le he hecho ganar millones de dólares a ese gordo seboso de Doug Crame, me necesitan para que la fábrica de hacer dinero siga funcionando.

—Nadie es imprescindible en este mundo. Por grandes que puedan ser tus virtudes —David no tenía la más remota idea de cuáles podrían ser— no deberías olvidarlo.

—Cierto, todos somos prescindibles —Idris tiró al aire un grano de uva, que atrapó al vuelo—. Pero unos más que otros. Echaré de menos a Murray y sus sabrosas pastas de huevo: su único delito fue que rondaba los cincuenta y se había vuelto ligeramente más lento repartiendo el correo. La productividad desciende al hacerte viejo y te conviertes en un tipo prescindible. Es una línea blanca dibujada en el suelo, la traspasas y vas directamente al cementerio de los elefantes.

David le entregó una de sus tarjetas. Nunca perdía una ocasión para hacer nuevos clientes, incluso aquellos cuyas cabezas presentan goteras.

—Si necesitas de mis servicios algún día, llámame. Ahora debo atender una cita. ¿Dónde está el despacho de Maffei?

Idris contempló el diseño de la cartulina con interés.

—Al final del pasillo, a la izquierda. Su moqueta es muy blanda —se puso a jugar con dos granos de uva relucientes como canicas—. Puede que te llame. No sé cuándo, pero te llamaré.

Maffei apareció de improviso en el pasillo, como un espectro que acabase de corporeizarse. Su semblante estaba más flaco que nunca, y si hubiera hecho un poco de viento habría tenido dificultades para mantener el equilibrio.

El ejecutivo le acompañó hasta su despacho y le hizo tomar asiento en un sillón de piel de pantera de dudoso gusto. Maffei le ofreció una copa de vino dulce.

—Veo que ya conoce a nuestro pequeño genio —agitó la copa para apreciar mejor el aroma—. Es bastante excéntrico, pero supongo que así es como se supone que se comportan los genios. Si fuesen personas normales no nos interesarían, ¿verdad?

Las cortinas del despacho se corrieron con un chasquido de sus dedos. Una vista imponente del parque central de Aurora se desplegó ante ellos. Ocho pisos más abajo, una cuadrilla de jardineros regaba diligentemente los parterres y limpiaba los hierbajos con primorosa dedicación.

—Entre el genio y la locura hay una frontera muy delgada —respondió David, probando el vino. Impregnaba el paladar con un aroma de especias, dejando un resto amargo. No era un vino corriente, pero Maffei tampoco lo era.

Su anfitrión asintió con un breve movimiento de cabeza. Sus ojos saltones parecían no haber en aquella cabeza huesuda y alargada, y le dirigían rápidas miradas escrutadoras.

—No he conocido alguien tan extraño como Idris en toda mi vida —dijo Maffei—; salvo acaso Douglas Crame.

Señaló el retrato del dueño de la compañía situado tras su escritorio, junto a la bandera americana. No tenía un aspecto simpático, y David recordó los epítetos que Idris le había dedicado.

—¿Sabía que empezó a trabajar como vendedor de helados, Dave?

—Bueno, algo he oído. Se cuentan muchas leyendas acerca de él.

—No es una leyenda. Douglas Crame es el mayor talento empresarial vivo de este planeta. Desempeñó los trabajos más humillantes al inicio de su carrera, y gracias a su espíritu emprendedor logró en pocos años hacerse con el control de una pequeña inmobiliaria. Desde entonces, la buena estrella de Doug ha ido ganando en brillo hasta convertirse en lo que es hoy, la más fulgurante del firmamento empresarial.

La expresión de Maffei se transformó en una sonrisa cínica. Agitó la copa de vino y olió su aroma con aquellas narices tan afiladas que tenía.

—¿Está usted de acuerdo con lo que digo?

David no supo qué responder. Maffei no parecía tomarse en serio sus propias palabras, pero quizás se tratase de una estudiada pose para poner a prueba su inteligencia. O su futura lealtad hacia el magnate de industrias Crame.

—Bueno, el trabajo es un factor muy importante de la ecuación —contestó—. Pero el talento no sirve de mucho si no va acompañado de otros elementos.

—Mmm. ¿Cree en la suerte?

—Creo en el sentido de la oportunidad. Si se aprende a sacar partido de los acontecimientos se tiene asegurada la mitad del éxito. La otra mitad es, por supuesto, sudor.

—Aprovechar la ocasión, sí —Maffei miraba por la cristalera la labor de los jardineros limpiando los rosales—. Mire esos hombres de ahí abajo, ¿diría acaso que no supieron aprovechar su oportunidad?

David se levantó para contemplarlos. No se les veía muy felices, ciertamente. Desde el piso octavo parecían hormigas laboriosas concentradas en sus obligaciones, sin un propósito ulterior en lo que estaban haciendo. Sólo trabajaban, era lo que se suponía que debían hacer.

—Cada persona es un mundo en sí mismo —respondió David—. La vida juega muy malas pasadas. Sería injusto juzgarles a la ligera porque desempeñan empleos de menor categoría.

—Muy cierto —Maffei sacó un puro de una caja dorada de música, que dejó escapar un breve compás del Lago de los Cisnes antes de que David la rechazase—. Me los traen directamente de La Habana. Ahora son mucho más caros que antes de la ocupación de la isla. Cuando eran ilegales no tenían que pagar impuestos, los traían en avionetas y los distribuían desde México al resto del continente; pero ahora la importación es legal y tienen que pagar tasas de todo tipo. Los traficantes han sido ejecutados aplicando la ley de fugas, y el contrabando se ha hecho un negocio demasiado arriesgado para que merezca la pena.

—Prefiero no opinar sobre ese tipo de cuestiones.

—Hace bien, nunca se sabe quién puede estar escuchando —Maffei aspiró hondo—. El comercio ilegal tenía su encanto. Se jugaban el pellejo, cierto, pero a cambio ganaban cantidades astronómicas. Ahora no. Un puñado de políticos de Washington se embolsan las ganancias sin levantar su asqueroso trasero de la poltrona; y lo peor es que es totalmente legal. Mierda, antes era una pelea justa, pero ahora dictan leyes y los demás las obedecemos. No podemos competir ante eso, nadie puede hacerlo, salvo que seamos uno de ellos.

Maffei bajó la persiana. Su despacho quedó en una penumbra apenas mitigada por la luz cenicienta de un candelabro eléctrico junto al escritorio.

—¿Conoce la historia de la Darrell Corporation? ¿La verdadera razón de su éxito?

—Su sede estaba en Manchester —recordó David—. Antes de la invasión del Reino Unido, claro. Luego la trasladaron a Dallas.

—Inició su despegue hace tres años, coincidiendo curiosamente con el desembarco de la flota del Atlántico en las costas británicas. Darrell tenía por entonces a medio gobierno en nómina: cuatro ministros procedían de algunas de sus divisiones comerciales y varios generales tenían intereses en sus factorías de armamento. Muchos nos preguntamos todavía por qué le fue tan sencillo a Cantwell desembarcar en el Reino Unido. Sin la Darrell y la complicidad del gabinete británico lo habrían tenido más difícil.

—¿Dejó usted familia en Europa, señor Maffei?

El ejecutivo asintió.

—Mi madre era de Nápoles. Los ingleses traicionaron el espíritu de una Europa unida, nunca se tomaron en serio la idea de un continente fuerte e independiente de América; ellos siempre aborrecieron eso, y realmente tampoco se tomaron mucho esfuerzo en disimularlo. Preferían que cambiase todo lo demás antes de cambiarse ellos mismos. ¿Qué opina usted? Me han dicho que nació en Madrid. No andan las cosas muy bien por esas tierras.

David calculó sus riesgos. Maffei podía estar hablando sinceramente, o tendiéndole una trampa.

—El mundo ha conocido tiempos más civilizados —dijo.

—No estoy seguro de que este mundo haya conocido alguna vez la civilización —Maffei se limpió la ceniza que le había caído en el pantalón—. Se está consumiendo en su propia historia, como este cigarro —contempló la punta incandescente, la mirada perdida en sus pensamientos—. Siguiendo con lo que le decía, nos enfrentamos a la competencia absolutamente desleal de la Darrell Corporation, que a causa de su pasado colaboracionista está siendo beneficiada por el gobierno. Debido al asunto de Weed, nuestra compañía se va a ver envuelta en un torrente de pleitos judiciales por violación de la propiedad industrial. No es algo

que nos inquiete, pero nos interesaría tener a nuestro lado alguien de confianza. El señor Weed me ha dado excelentes referencias de usted.

—Sería un honor trabajar para su firma.

—Tendrá su propio despacho y podrá continuar los asuntos que haya dejado pendientes en el bufete. Más adelante, su relación con nosotros tendrá carácter exclusivo. En cuanto a los honorarios, ¿le parece suficiente cinco mil dólares?

—¿Al mes?

—Vamos, no sea modesto. A la semana, naturalmente.

—Me siento halagado por su oferta.

Maffei sonrió y le palmeó afectuosamente la espalda. Las copas sellaron el trato y David pudo constatar que el vino, a pesar de su sabor amargo, le sabía ahora a deliciosa miel.

Amaba esa ciudad.

\*\*\*\*\*

Era la casa de sus sueños. Tenía dos plantas, una buhardilla, sótano y un amplio garaje. Contaba con piscina propia y columpios cerca del porche. El jardín estaba algo descuidado, pero con algo de dedicación conseguiría un aspecto decente en pocas semanas. La fachada presentaba un descolorido color crema que pedía a gritos un remozado. En cualquier caso, eran detalles menores. David quedó impresionado cuando pasaron al interior de la vivienda. Sólo el salón era más grande que el apartamento en el que habían vivido hasta ahora. Silvia y Teo, igualmente extasiados, miraban a su alrededor y anticipaban en su imaginación la futura disposición de los muebles. Había luz por todas partes y no existían habitaciones que careciesen de vistas. El conjunto transmitía una sensación placentera de libertad y amplitud.

—Tienen un cuarto de baño aquí, junto al estudio, y otro arriba —indicó el corredor de fincas—. Agua caliente y calefacción individual, descalcificador, vigilantes de seguridad patrullando el barrio por la noche y un club de squash y otro de golf a doscientos metros.

—Quizás los utilice —comentó David—. Me hará bien un poco de ejercicio.

—La cocina está equipada con lo necesario, aunque si no les gusta podemos retirar los electrodomésticos —dijo el agente—. Espero que sea de su gusto.

Lo era. Un frigorífico de dos puertas, arcón congelador, lavavajillas, lavadora, microondas, cocina vitrocerámica y una mesa central de mármol blanco con sillas de nogal, aparte de una espaciosa despensa.

—La puerta del sótano es esa del fondo —dijo el agente—. ¿Quieren verlo?

—Ya que estamos aquí, nos gustaría verlo todo.

Los peldaños, de madera, no estaban en buen estado. El vendedor se disculpó prometiendo que efectuarían los arreglos necesarios si les interesaba la vivienda. Abajo se hallaba el depósito del agua, la caldera y una amplia zona para utilizar como bodega. Una claraboya en lo alto del muro dejaba pasar una brizna de luz.

—La caldera es automática y no necesita mantenimiento. Sólo tienen que elegir la temperatura y el termostato se encarga de lo demás.

Teo contemplaba el sótano con los ojos muy abiertos. La oscuridad del lugar le atraía.

—Nunca hemos tenido una casa con sótano —dijo David—. Hay espacio por todas partes.

—Entonces esperen a ver la buhardilla. Síganme, por favor.

La escalera que conducía a la planta superior no crujió, estaba hecha de cemento y la única madera de su estructura era la del pasamanos. David agradeció este detalle. No le gustaban las casas de madera, solían ser pasto de termitas y demás insectos, lo que era bastante provocador en una ciudad enclavada en medio de la selva boliviana.

Salvo por pequeños detalles ornamentales, la vivienda estaba construida por entero de ladrillo. Su solidez le gustaba, aunque eso redundase en un precio más elevado, pero ahora podía permitírselo. Tras años de penurias, sus bolsillos volvían a llenarse de algo que no fuesen facturas. Estaban navegando de cara, y respirar la brisa del dinero era una de las



sensaciones más agradables que uno podía tener después de haber atravesado el desierto. Su garganta le pedía agua y por fin había llegado al oasis, un lugar acogedor y exuberante donde saciarse, echar raíces y abandonar el nomadismo.

—Necesitarán esto para desplegar la escalerilla —el agente enganchó el extremo de un bastón y dio un fuerte tirón. La escala de la buhardilla se abrió chirriando y levantó un poco de polvo—. Lo siento, está algo sucio. Creo que los de la limpieza se olvidaron de esta habitación.

—Sube tú, cariño —dijo Silvia—. Yo me quedaré viendo los dormitorios.

Teo fue el primero que trepó por la escala, excitado por los tesoros que suponía encerraba el desván. En realidad, no debería haber nada si los empleados de mudanza hubiesen acabado su trabajo, pero acaso por no tomarse la molestia de subir se habían dejado la buhardilla llena de muebles; eso sí, viejos y sin el menor valor, cubiertos de generosas cantidades de polvo que se levantaba a su paso brillando por los rayos de sol.

—Soñaba de pequeño con un lugar como éste —David sonrió al ver a su hijo explorando aquel territorio virgen. Había un triciclo, un patinete, un caballo de madera con crines deshilachadas y sin rabo, una vieja mecedora, un perchero en forma de cornamenta de alce, un espejo de pie con una grieta en su parte inferior, un aparador y un arcón de mimbre.

—La trampilla de acceso al tejado está aquí —el agente le señaló un lugar cerca de la pared de la derecha, donde la altura con el tejado era más baja—. Si tiene que instalar algo ahí fuera, no se preocupe, la cornisa está rodeada por una barandilla de seguridad.

David se asomó por la trampilla. Tenía que familiarizarse con la disposición del tejado para emplazar la antena de su nuevo equipo de radio. Ajustar la altura y los cables de anclaje era una labor personal que no podía dejar en manos de un técnico. Sin un correcto montaje de la antena, el mejor equipo de radio no era más que un montón de chatarra.

—Me ocuparé de que esta misma tarde quede libre el desván —prometió el agente.

Teo dirigió una mirada de súplica hacia su padre. No tenían demasiados muebles propios, y aquellos no iban a molestarles de momento. Si su hijo les encontraba alguna utilidad, y Teo era muy imaginativo en encontrar utilidades insospechadas, podrían conservarlos una temporada.

—Déjelos aquí —respondió David—. Yo me encargaré de retirarlos en su momento si el propietario no los reclama.

—Descuide. Se marcharon del país hace dos semanas. Dudo mucho que vuelvan a Aurora.

Teo estaba abriendo el arcón de mimbre.

—Deja un poco para mañana —le aconsejó su padre, que se volvió hacia el agente—. Está bien, bajemos abajo.

Sólo tuvo que consultar brevemente con Silvia para saber que ambos estaban de acuerdo en comprar la casa. La inmobiliaria les había ofrecido unas condiciones de pago inmejorables, y haciendo números era más rentable pagar los recibos de la hipoteca que un alquiler mensual. David nunca había tenido una casa en propiedad. En los últimos años se habían movido de un lado para otro con lo puesto, preocupados únicamente por sobrevivir.

—Creo que vamos a quedárnosla.

—Han hecho una magnífica elección, les felicito. Normalmente exigimos un avalista para afianzar la operación, pero en su caso no será necesario. Recibí esta mañana una llamada de Crame Industries garantizando su solvencia. Para nosotros es más que suficiente.

Agradeció interiormente el gesto de Maffei. Aquel pájaro escuálido era un buen tipo. Sus palabras acerca de la traición inglesa estaban muy frescas en su memoria, y de buena gana le habría dado la razón si la vida en América no le hubiera enseñado algunas cosas acerca del comportamiento que se esperaba de los extranjeros. Con Silvia no resultaba posible hablar de ese tema, era un tabú que él evitaba mencionar para no crear fricciones, máxime porque su esposa era inglesa y obviamente no admitía la verdad.

Salieron al porche. La casa estaba situada en un barrio residencial a las afueras de Aurora, con villas rodeadas de jardines. Más al sur se divisaba el inicio de la selva.

—¿Qué tal son nuestros vecinos? —inquirió David.

—La casa de la derecha está deshabitada —informó el agente—. La de la izquierda pertenece a los Allison; una pareja encantadora, ya la conocerán.

Una mujer estaba cortando el césped en el jardín contiguo. Les miró intrigada, especialmente a David, al que dedicó una atención especial, y paró la máquina para desatascar las cuchillas. El ruido de la cortadora le impedía escuchar la conversación de quienes pronto iban a ser sus futuros vecinos.

—Sí, ya lo estoy viendo —Silvia frunció los labios, devolviéndole la mirada a la vecina.

—Nunca nos han dado problemas. Pagan puntualmente su renta —añadió el vendedor, aclarando lo que significaba para él una pareja encantadora—. Bien, si me acompañan a la inmobiliaria firmaremos el contrato hoy mismo. Supongo que estarán ansiosos de mudarse a su nueva casa y nuestro deseo es que comiencen a disfrutarla cuanto antes.

Murmullos en el cielo. 266 páginas.

© José Antonio Suárez.

Todos los derechos reservados

<http://www.joseantoniosuarez.es>